

Primer Encuentro Curioso: "¿Qué hay de nuevo en la Psicopatología, qué hay de nuevo en el Amor?". Cátedra 2 de Psicopatología de la UBA, CABA, 17.

Amores y soledades.

Eduardo Canónico (coord.), Carolina Zaffore, Natalia Boghosian, Cecilia Tercic, Águeda Pereyra, Mariano Lipovesky, Vanesa Carballo, Virginia Giménez y Lucía Machelett.

Cita:

Eduardo Canónico (coord.), Carolina Zaffore, Natalia Boghosian, Cecilia Tercic, Águeda Pereyra, Mariano Lipovesky, Vanesa Carballo, Virginia Giménez y Lucía Machelett (17). *Amores y soledades. Primer Encuentro Curioso: "¿Qué hay de nuevo en la Psicopatología, qué hay de nuevo en el Amor?". Cátedra 2 de Psicopatología de la UBA, CABA.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/primer.encuentro.curioso/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef3x/4ot>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Amores y soledades

Carolina Zaffore, Natalia Boghosian, Cecilia Tercic,
Águeda Pereyra, Mariano Lipovesky, Vanesa Carballo,
Virginia Giménez, Lucía Machelett, Eduardo Canónico (coord.)

Desde sus escritos iniciales, Lacan recuerda a los analistas que su operación no puede concebirse desconectada de los avatares que dan marco a los lazos sociales. “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” anuncia en “Función y Campo...” Claro que ahí recién comienza la cuestión, ¿qué entender por subjetividad de nuestra época? ¿cómo aproximarnos al entendimiento de los discursos que moldean las relaciones sociales? ¿no excede la interrogación nuestro corpus teórico, decididamente abocado a la clínica?

Con estas preguntas, nos asomamos a la obra de algunos pensadores contemporáneos para, de manera acotada, tener alguna visión sobre el amor en nuestro tiempo.

B y B (Bauman, Badiou)

Zygmunt Bauman es conocido por acuñar el concepto de “modernidad líquida”, que le permite contraponer los modelos institucionales actuales con los de un período de mayor fijeza y solidez (nos interesa en particular el matrimonio, como referencia del lazo amoroso).

Dice en un reportaje (Diario Perfil 9.01.2017): “Un estado de interregno es líquido porque no hay continuidad. La discontinuidad es tan frecuente como la continuidad, por lo cual no se puede confiar en que lo que pasó ayer pasará mañana del mismo modo. Estamos viviendo en una condición de incertidumbre continua, permanente. Me gusta decir que la incertidumbre es la única certeza que tenemos.

¿De qué manera determina la liquidez los antiguos valores? La liquidez no determina nada, ya que la mera noción de liquidez entiende que una fuerza es demasiado débil para imponer una caída prediseñada; no puede mantener siquiera su propia forma, menos aún controlar la caída de otros objetos. Lo que la liquidez hace es exponer esa ambigüedad. En la modernidad sólida, usted debe institucionalizar que la idea de amor es la unión de dos compañeros, santificados

mediante el ritual del matrimonio, y es eterna. Lo que se hizo en el Cielo, ninguna fuerza humana puede disolverlo, lo que significa que la modernidad sólida construye una suerte de muro que protege esta unión, y dificulta su disolución. Tuvo aspectos desagradables, ya que si los compañeros se odiaban, tuvieron que hallar algún modus operandi para hacer de esta horrible vida algo soportable.

En la modernidad líquida no contamos con estas restricciones, estas limitaciones, y por ende las relaciones humanas también se convirtieron en vulnerables. Una costumbre muy común en la actualidad de la población joven es no precipitarse al casamiento. “Vivamos juntos y veamos cómo funciona”. Pero el resultado de esta actitud es que incluso los desacuerdos más pequeños se convierten en grandes crisis. Y en lugar de intentar resolver la dificultad y llegar a algún tipo de acuerdo, consenso, se piensa como cuando su iPhone no funciona: simplemente, lo desecha, compra otro. Cuando no funciona... otro barco está a la espera. Si el mercado del amor es enorme, ¿por qué no cambiar?”

La lógica de la vida amorosa gobernada por la lógica del mercado...

En su “Elogio al amor”, Alain Badiou comienza planteando que el amor debe ser reinventado, pero también, simplemente, defendido, porque se encuentra amenazado. Toma como ejemplo para su argumentación la publicidad de un sitio de encuentros por internet, “Meetic”, cuyos eslóganes se apoyan en la posibilidad de encontrar el amor sin el azar, de estar enamorado sin caer enamorado, sin sufrimiento. Concepción securitaria del amor, en tanto el amor es asegurado a todo riesgo. Se trata entonces del intento por barrer con el azar, con el encuentro, y aquí Badiou encuentra la primer amenaza sobre el amor, en la posibilidad de calcularlo. Y expone desde el inicio que el amor, según su concepción, no puede ser ese don que se hace a la ausencia de todo riesgo. Dirá que esta valoración del amor no se aleja de ser un “matrimonio acordado, arreglado”, no ya por un orden familiar o un padre despótico, sino en nombre de la seguridad personal.

La segunda amenaza que pesa sobre el amor es la de denegarle toda importancia, se tratará de una variante del hedonismo generalizado, una variante de las figuras de goce, donde se evitaría cualquier prueba inmediata y profunda de la alteridad, donde el amor se teje, fundamentada en la “comodidad de los goces ilimitados”.

El autor afirma que hay que reinventar el riesgo y la aventura contra la comodidad y la seguridad. En un mundo en el que la convicción más ampliamente

extendida es que cada uno no siga sino su propio interés, el amor es una contraprueba, en tanto implica el riesgo de experimentar el mundo no ya desde la identidad, sino desde la alteridad a partir de un encuentro que dependerá sólo del azar.

Lector de Lacan, sostiene que el goce será siempre el goce de uno, manteniendo por tanto el axioma “no hay relación sexual”. Allí donde la relación sexual no existe, el amor viene a suplir esa falta, viene al lugar de esa no-relación. En el amor, el sujeto podrá ir más allá del narcisismo. Se distingue de la sexualidad, entonces, ya que ésta es un terreno en el cual uno está en relación con uno mismo en la mediación del otro. No es así en el amor, donde la mediación del otro vale por sí misma.

Algo interesante plantea sobre la palabra de amor, ya que se pone en juego ese riesgo que se endosa al lenguaje. “se trata de pronunciar una palabra cuyos efectos, en la existencia, pueden ser prácticamente infinitos (...) Declarar el amor es pasar del acontecimiento encuentro al comienzo de una construcción de verdad. Es fijar el azar del encuentro bajo la forma de un comienzo”. Es así como algo contingente se vuelve necesario; lo absolutamente azaroso del encuentro acaba por tomar la altura de un destino. El compromiso que implica la declaración de amor implica un riesgo, por ende, no está exenta de angustia.

Hasta aquí, vayamos subrayando como rasgos de época: lógicas de mercado tiñendo el lazo social de consumismo, movilidad y crisis de las antiguas instituciones como el matrimonio, tendencia al hedonismo que lleva a priorizar lo individual, degradando la alteridad. La lista podría completarse con más datos sociológicos... preferimos volver a nuestro terreno.

F y L (Freud y Lacan)

Recordemos ahora que las dificultades e inhibiciones para “amar y trabajar” siguen, como en los tiempos de Freud, acercando a hombres y mujeres al psicoanálisis. El amor freudiano como expresión de Eros, implica la paradoja de surgir y a la vez, ser un tope al narcisismo porque obliga al reconocimiento de que allí hay otro que Yo. Un objeto – idealizado al principio – que posee aquello que le falta al Yo.

El enamoramiento tiene que ver con esto, la ubicación del objeto en el lugar del Ideal de Yo. Luego sobreviene una caída de ese lugar, pero algo perdura, un “enganche”, hay algo que al yo le falta. Puede decirse que el que ama cede una

parte de su narcisismo, señalando también que el amor al objeto pone un freno a la pulsión de muerte. La introversión era para Freud la puerta de entrada a una casi segura neurosis. Si quien padece, puede volver a amar y a trabajar— es decir, catectizar los objetos y sublimar — se verá aliviado en su padecimiento. Podríamos decir “hay que amar para no enfermar”, como se deduce del Historial del Hombre de las Ratas. Aunque subsiste la pregunta: Si en el origen el sujeto se satisface con un objeto parcial, oral, anal u otro... ¿Cómo puede al final lograr constituir una pareja que sea a la vez pareja sexual de goce y pareja de amor?

En el recorrido nos parece importante recordar lo planteado por Freud en “pulsiones y destinos...” allí “el amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista.. y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer.” De ahí que sus etapas previas se presenten como metas sexuales provisionales... modalidades compatibles con la *supresión de la existencia del objeto...* Advertencia para poner en la cuenta de los riesgos de lo que podemos llamar amor-pasión, que nos aleja de la pacificación del reconocimiento del otro. Esta vía, nos resulta interesante para pensar en algunas posiciones neuróticas que evitan el lazo amoroso. Leemos en ellas la edificación de una defensa frente a dimensiones de un goce amenazante. La soledad, en estos casos, como el intento (neurótico) de domesticar los excesos pulsionales.

Lacan ya sobre el final de su enseñanza exhortaba a los analistas a no olvidar “el decir freudiano”. Ese que Freud nunca escribió ni pronunció pero que se deduce del conjunto de sus dichos y elaboraciones conceptuales: “No hay relación sexual”. Si para Lacan durante el Seminario 19 particularmente, ese “No hay relación sexual” es mucho menos una fórmula que un decir, es porque rubrica una perspectiva ética. Es la apoyatura primordial para hacer avanzar el discurso analítico, tal como lo termina explicitando en la primer clase del Seminario 20.

La desproporción sexual no vale como concepto, lo que por cierto puede comprobarse fácilmente no solo desde el psicoanálisis sino desde otras disciplinas, como la filosofía o la sociología. La pretensión específicamente analítica es que ese decir que tiende a ser olvidado (corrido o forcluido) sea reintroducido por el analista. Es el analista quien debe hacer existir ese decir a lo largo de un análisis, apostando a que alguien a su modo y a su tiempo vaya paradójicamente “diciendo” - cerniendo

- lo imposible. El síntoma testimonia de esa falta de saber radical sobre el sexo y nosotros tratamos, estrictamente hablando, con las consecuencias en el cuerpo de esa ausencia.

Entendemos esta no relación sexual como una invariante clínica que trasciende los usos y costumbres cambiantes, las políticas y discursos que imprimen la subjetividad contemporánea donde los amores solitarios están a la orden del día. Claro que advertimos cómo el discurso contemporáneo de la hipercomunicación imprime características propias en lo que podemos llamar “la época de las soledades”. En plural.

Recordemos que en el seminario de “La ética del psicoanálisis” Lacan sugiere leer nuestra época actualizando el imperativo kantiano: “Actúa de manera tal que tu acción siempre pueda ser programada”, (donde encontramos nuevamente la tendencia a anular el azar del encuentro y en extremo, una degradación de lo subjetivo). ¿Cómo repercute este imperativo en la vida amorosa?

Las soledades

Hablamos de soledades, y lo hacemos en principio así, en plural. Se trata de nominar las diversas maneras, con las que el ser hablante se las arregla para confrontar a una soledad que podríamos nombrar como radical. Esa soledad, en singular, que es la del desvalimiento, el desamparo inicial del que Freud nos habla desde el inicio de su obra. El sujeto encuentra uno a uno su manera de tratar esa soledad. Lo hace esencialmente, y sin saberlo, enlazando con algo que le hace, digamos, de partenaire. Cuando alguien se queja en análisis de su soledad, en realidad está hablando de eso que se le volvió insoportable de su verdadera pareja. La experiencia analítica permite desplegar y poner en forma lo particular de este lazo, que es a veces un síntoma. Un síntoma expresado en lo más íntimo del pensamiento obsesivo o del cuerpo en la histeria. También un síntoma con carácter extraterritorial, como puede ser una mujer para un hombre.

Pero un sujeto puede también hacer pareja con el objeto pulsional del fantasma, o incluso con la imagen de sí acentuando la dimensión narcisista del yo que se toma como objeto. Entonces, el sujeto habla de sus soledades pese a que no está solo, aunque no lo sabe. En verdad, siempre se está “a solas” con algo, como precisa Miquel Bassols. “Tal vez la experiencia analítica sea la experiencia más verdadera de estar a solas con... ¿con qué, precisamente? El “a solas” introduce una presencia irreductible, que no puede negativizarse, esa presencia que

la enseñanza de Lacan escribe con el objeto a y que es finalmente, una vez despojado de todas las identificaciones narcisistas, el lugar en el que el sujeto puede, si quiere, reconocer a su verdadera pareja”.

El analista entonces se presta a tomar “testimonio de la soledad” es decir de las soledades. Haciéndolas pasar ahora por el lugar del Otro. Haciendo condescender las soledades al amor de transferencia. Promoviendo su despliegue para luego orientar hacia su reducción. Deja hablar a soledades distintas, múltiples, y a la vez singulares. Soledades que van variando y asumen su forma según la época y el sujeto que habla.

La soledad puede incluirse en un estilo de vida, en una ética. Lacan habló de “La ética del soltero” para referirse al predominio de un goce autoerótico, que no requiere del cuerpo del otro para gozar del propio. El hombre a solas con el falo, eludiendo la vida amorosa, sin siquiera intentar acercarse a una mujer para no poner en riesgo su propia posición viril.

Y la mujer que hace de partenaire a su propia soledad, llevada por un cierto “empuje al hombre” del que habla Miller, “se ve conducida a repetir “yo también”. “Yo también gozo de esa autosuficiencia, mientras sigo hablando de mi soledad”.

Las soledades las reencontramos también en los fantasmas y síntomas propios de la neurosis. Así, el sujeto histérico hablará de su exclusión. Lo hará Dora quejándose de la relación del padre con su amante, para finalmente autoexcluirse de la relación transferencial con Freud. Es la modalidad histérica de gozar de la soledad.

En la lógica del obsesivo, predominará su reclusión en la jaula, que garantiza la inaccesibilidad del objeto y ratifica la condición del deseo como imposible. El obsesivo se retrae, se aísla emocionalmente para defenderse, cualquier pérdida de control puede remitirlo a la castración, a un desfallecimiento de su imagen narcisista y esto es lo realmente insoportable.

Por su parte, es en la evitación, donde la soledad fóbica encuentra su particular versión.

Qué destacar de las soledades de época?. Una en particular queremos resaltar: la del goce del toxicómano. La toxicomanía es presentada por Miller como un anti amor, sobrepasa al partenaire sexual y se entrega a un partenaire asexual del plus de gozar. Tenemos aquí la manera toxicómana de “estar a solas” con el partenaire plus de goce.

Ahora bien, como analistas, el acceso a todos esos movimientos se ordena exclusivamente por un saber imbricado en el síntoma. Lo que el síntoma y su peculiar saber trae de la ausencia de relación sexual. De allí que creemos que el síntoma testimonia más que de las soledades en plural, de la soledad en singular, la heteridad radical que imprime la lógica del significante en su diferencia. Por eso ahora proponemos una inversión dialéctica.

De amores y soledades a la Una-soledad

Podríamos llamar la Una-soledad a lo concerniente específicamente al analista, para distinguirla de la dinámica eterna, social, de amores y soledades. Contamos con el único dispositivo verbal, inventado por Freud, capaz de captar los efectos insólitos del significante sobre el cuerpo, efectos contingentes, fuera de todo cálculo y del Otro. Esa es la especificidad de la perspectiva analítica, única perspectiva que logra desmarcarse de toda versión filosófica o psicológica del mamífero hablante. De hecho, la lógica del significante y su efecto real desafía toda verdad biográfica ¡y edípica!

Si queremos hacer avanzar el discurso analítico, como sugiere Lacan, y que no quede degradado frente a la exigencia del mercado del saber, no perdamos de vista eso que hoy elegimos llamar la Una-soledad, para indicar el modo singular en que cada uno va escribiendo su no relación. Un análisis es justamente esa puesta en acto del inconsciente que no hace lazo, sino que en rigor entrega solo repetición de Unos. Luego, vendrán los lazos, los encuentros y desencuentros, los amores y las soledades, más o menos fallidas...

Práctica de la dificultad

Una joven muchacha consideró durante toda su vida- hasta autorizarse a hablar en serio en el dispositivo analítico - que todo su padecer actual tenía una causa concluyente: un gravísimo accidente vivido en la temprana infancia, a partir del cual ella y su madre estuvieron en coma durante un tiempo.

Su eternamente padecida “soledad”, su “torpeza” con los hombres (o con las chicas con las que fantasea), su “idiotez” que se traducía en excesos orales constantes pese a estudiar nutrición y su obesidad consecuente, la mantenían al margen de los vínculos eróticos. Con su cuerpo auestas, sufría una soledad que llegó a calificar lúcidamente como “soledad crónica”.

Solo la vía de la asociación libre permitió que el grave suceso vivido a sus dos años entregara, en las vueltas de las repeticiones sucesivas, la insistencia de

un significante: “coma”. Del relato de “estar en coma” al significante “coma” dando cuenta de ese contragolpe del verbo, de esa expulsión del sentido de la que nos habla Lacan en RSI para indicar la pinza entre el sentido y lo real.

Ese significante “coma”, en el decir del análisis, se erigió por primera vez como una voz imperativa, como un elemento que comandaba su goce oral y voraz. Elemento que poco tenía que ver con cualquier episodio de la realidad, aun en el contexto de una experiencia sensiblemente terrible.

Hasta aquí una breve coyuntura del momento en que esta muchacha dio un paso, se animó a tomar la palabra y comenzar un trayecto donde la “soledad” ya no sería nunca más la misma de la que se quejó durante años. Tiempo en que se abrió paso la Una-soledad.

Valentía ante fatal destino

Finalmente, que haya un pasaje de la soledad al amor es claramente un acto de valentía. Valentía ante el destino dramático que adquiere el amor. Aquel pasaje del encuentro contingente a lo que se torna necesario, no cesa de escribirse, no cesa de fallar. Este es el destino y el drama del amor.

Podemos preguntarnos ¿cuál es el destino del amor luego de un análisis? El camino de un análisis implica indefectiblemente afrontar el “no hay relación sexual” y en consecuencia, saber hacer ahí cada vez con determinado partenaire. Una mujer que abandona las identificaciones fálicas se encuentra sola, en un desierto vacío. Ese vacío es el vacío de significación, el encuentro con lo real del goce opaco fuera de sentido. Ella está sola sin Otro. La apuesta analítica será que ella se encuentre no-toda sola. Al lugar de ese vacío puede advenir el lugar del amor como solución a la Soledad. Lacan en el seminario 24 expresa que el amor es una significación vacía. “el amor no es más que una significación, y se ve bien la manera en que Dante la encarna, a esta significación. El deseo, tiene un sentido, pero el amor, el amor es vacío”.

En el seminario XXI expresa que el amor es dos medio-decires que no se recubren, es la conexión entre dos saberes en tanto que ellos irremediamente son distintos. El amor es la relación de lo real con el saber. Amamos a aquellos con quienes tenemos cierta relación inconsciente. El encuentro como acontecimiento entre un hombre y una mujer, eso es el amor. Este saber que dice está determinado por el inconsciente. Es inexorable. Un decir que ofrece una falta.

Irrumpe, emerge acontece. Se espera entonces que un nuevo amor pueda recorrer el viaje. Un partenaire hombre que reconozca a una mujer y que ella en ese encuentro lo haga existir. Enlazados en ese medio decir que no se recubre pero que sostiene semblantes. Semblantes que utilizan a lo imaginario como medio. Lacan expresa que en lo imaginario tomado como medio está el fundamento del verdadero lugar del amor. Eso es cada vez y para cada quien. John Lennon diría “Love is free, free is love. Love is living, living love..” El amor tapa el agujero de la relación entre lo real y el saber. Por lo tanto la no relación. Lo real como vacío de sentido, como mero acontecimiento contingente. Sólo el azar provoca el encuentro de amor entre un hombre y una mujer. Se ama por azar.

Lo que suple la relación sexual es precisamente el amor.

Por lo tanto el nuevo amor será aquél que pueda estar abierto a las contingencias del destino. El nuevo amor es un amor que acepta y aloja que una mujer tiene cierta relación al vacío y eso será imposible de cubrir. La ruta del viaje entre un hombre y una mujer es la apertura a lo contingente que implique la posibilidad de hacer algo nuevo cada vez, en ese nuevo viaje. Lacan dice que el horizonte de un buen hombre y una buena mujer son los abuelos que juntos como partenaires han recorrido viajes. Esto está determinado por el inconsciente. Si un hombre logra reconocer a una mujer y puede soportar su relación con el vacío podrá hacer de ella su partenaire.

Referencias bibliográficas

- Lacan, J (1953). “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. Escritos. Buenos Aires. Siglo XXI editores. 1985
- Bauman, Zygmunt. Diario Perfil. Buenos Aires. 9 de enero de 2017.
- Badiou, A (2011). “Elogio del amor”. Madrid. La esfera de los libros. 2011.
- Freud, S. (1915). “Pulsiones y destinos de pulsión”. Obras completas XIV. Buenos Aires. Amorrortu editores. 1989
- Freud, S (1909). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (caso del “hombre de las ratas”). Obras completas X. Buenos Aires. Amorrortu. 1989
- Lacan, J (1972). “... o peor”. El seminario, libro 19. Paidós. Buenos Aires. 2012

- Lacan, J (1973). "Aun". El Seminario, libro 20: , Paidós, Barcelona, 1981
- Lacan, J (1960). "La ética del psicoanálisis". El seminario, libro 7. Paidós. Buenos Aires. 1988
- Lacan, J (1974). "Los desengañados se engañan". Seminario inédito
- Lacan, J (1977). La ignorancia que sabe de la una equivocación. Seminario inédito.
- Bassols, Miquel. Soledades y estructuras clínicas. En Revista Freudiana N° 12. Barcelona. (1994) .
- Bassols, Miquel. "Soledades" en Revista El psicoanálisis N° 17, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano (ELP). (2008)
- Bayon, Patricio Alvarez y Tendlarz, Silvia Elena. ¿Qué es el autismo? Infancia y Psicoanálisis. (2013) Buenos Aires. Colección Diva
- Grinbaum, Gabriela. Entrevista realizada a Miquel Bassols en el Boletín #8 de las XXIV Jornadas Anuales de la EOL. " Solos y solas. Lo que dice y hace el psicoanálisis". (2015).
- Lacan, Jacques. Psicoanálisis, Radiofonía & Televisión (1996) Barcelona. Editorial Anagrama.
- Miller, J.-A., El partenaire síntoma (2008), Bs. As. Paidós.
- Waar Hanna. Entrevista realizada a Jacques- Alain Miller para la Psychologies Magazine N° 278. (2008)